

**FUNERAL POR EL H. JOAQUIM M. MARTÍNEZ PERIAGO**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**14 de febrero de 2008**  
**Mac 12, 43-45; Sal 102; 2Cor 4, 15-5, 1; Jn 12, 23-28**

Querido Sr. Obispo Agustí; querido Sr. Obispo D. Juan M. Uriarte; queridos monjes, sacerdotes y diáconos concelebrantes; queridos escolanes, familiares y amigos del H. Joaquim, hermanos y hermanas en el Señor:

La liturgia del Miércoles de Ceniza nos recordaba que somos polvo y que al polvo tenemos que volver. No nos lo decía para hacernos pesimistas y menos todavía para provocar miedo. Nos lo decía para que fuéramos lúcidos; para que tomáramos nuevamente conciencia de nuestra limitación y de nuestra condición mortal, y así, durante la cuaresma, dispusiéramos nuestro corazón para recibir la gracia de la Pascua, como preparación para cuando nos llegue la hora de emprender el camino definitivo hacia la vida para siempre.

El evangelio que acabamos de escuchar nos ha hablado, precisamente, de *la hora* de Jesús. Es decir, del momento en que tenía que dar la vida para pasar de este mundo a Padre. Humanamente se sentía *turbado*, según nos decía el evangelio. Este sentimiento tan humano del Señor nos consuela y nos conforta cuando tomamos conciencia de que un día también nosotros tenemos que morir o cuando, como ahora, nos encontramos ante la muerte de un ser querido. Pero Jesús, a pesar de la turbación, "no se cansa ni se echa atrás" (RB 7, 36); quiere llegar decididamente hasta el fondo de su misión contando con el auxilio del *Padre* del cielo. Sabe que, como *el grano de trigo*, tiene que morir para poder dar *mucho fruto*. Y así ha sido. Su muerte en cruz ha traído la Vida para siempre; su resurrección de entre los muertos ha llenado de esperanza a los que creemos en él.

Es a la luz de esta realidad pascual que comprendemos el valor de aquella otra frase del evangelio: *El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor*. Cuando hemos descubierto dónde lleva el seguimiento de Jesucristo, nos sentimos atraídos a hacernos servidores suyos. Y hacerse servidor quiere decir servirlo traduciendo su Palabra evangélica en nuestra vida concreta, lo cual implica también el servicio a los otros.

El H. Joaquim, cuando tenía 27 años, entrando en nuestro monasterio, quiso llevar a cabo de una manera intensa este hacerse servidor de Jesucristo en la escuela del servicio divino que instituyó san Benito (cf. RB Prólogo, 45). No había sido, sin embargo, ésta su primera idea. Andrés Martínez Periago, que éste era su nombre de bautismo y de familia, había nacido en Lorca (en la diócesis de Cartagena) hoy hace exactamente 93 años. De jovencito se trasladó a Barcelona con su familia porque su padre había venido a trabajar en las obras de la Exposición Universal de 1929. Andrés pronto asimiló la lengua y la cultura del país donde residía. Había aprendido, también, el oficio de ebanista. Joven muy formal y devoto, tenía intención de ingresar en los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, pero finalmente optó por nuestro monasterio. También una hermana suya entró el monasterio de San Pere de les Puel·les, donde murió hace unos años. Andrés recibió el hábito monástico en Montserrat y cambió su nombre de pila en 1942, y profesó el año siguiente. Con su vida de monje, procuraba hacer como san Pablo, no apuntar *a las cosas que vemos, sino a aquello que no vemos* porque sabía muy bien que *las cosas que vemos pasan, pero las que no vemos duran para siempre*.

En el monasterio, muy pronto fue destinado a la enfermería porque tenía habilidad

para tratar a los enfermos con diligencia y con mucha delicadeza. En diversas etapas de su vida ejerció también muchas otras tareas en el monasterio, siempre de una manera responsable y con espíritu de servicio. Destacó por su habilidad para los trabajos manuales, particularmente en la rehabilitación y restauración de muebles y de otros objetos. Fue enviado a nuestra fundación de Medellín, en Colombia, en dos etapas, que suman en total unos diez años. Allí se hizo notar su solicitud hacia las personas más necesitadas que acudían a pedir ayuda al monasterio.

Vuelto a Montserrat el año 1978, continuó con esta preocupación por ayudar a los que carecían de lo necesario. Su temperamento atento y servicial no excluía una cierta exigencia en determinadas circunstancias. Era delicado de conciencia y confiaba plenamente en el amor de Dios. Era muy devoto de la Madre de Dios; muy a menudo, incluso estos últimos días, se le veía con el rosario en las manos, él que durante un tiempo había dirigido la recitación diaria del rosario en este Santuario. Ahora ya hacía unos años que estaba en nuestra enfermería como enfermo, desde allí seguía la vida de la comunidad con interés y llevaba a la plegaria muchas intenciones que se le proponían o necesidades que él conocía. Arraigado en una fe sincera y nutrido con la plegaria, vivía con simplicidad y hasta con gozo las limitaciones crecientes de su edad. Sabía agradecer todas las atenciones que se le tenían. Podemos decir, con palabras de la primera lectura, que *consideraba que una magnífica recompensa está reservada a los que se duermen piadosamente.*

Se daba cuenta de que su hora se acercaba y deseaba mantenerse fiel; a primeros de este mes había recibido la Unción de los enfermos rodeado de la plegaria de sus hermanos monjes. Después, siguiendo la liturgia, el Miércoles de Ceniza pasado vivió de una manera simbólica y espiritual el inicio de su camino hacia la Pascua definitiva. Nutrido con el Cuerpo de Cristo, deseaba "ir al cielo". Y, tal como había dicho en algún momento, si iba al cielo no podía desear nada más. Sabía que *nuestro cuerpo, que es la casa y el tabernáculo de Dios en la tierra, será destruido; pero con el Apóstol sabía, también, que tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna.* Este anhelo era fruto de su larga vida litúrgica y de plegaria como monje. Plácidamente, movido por este deseo, ha dejado esta vida.

Nuestra oración, unida a la de sus familiares y amigos, se dirige ahora al *Señor compasivo y benigno*, para que, liberándolo de todas las faltas, le conceda eso que anhelaba: "ir al cielo". Es decir, entrar en la plenitud de la Pascua de Jesucristo. Unimos ahora la vida y la muerte de nuestro H. Joaquim a la oblación eucarística del Señor para que después de haberlo seguido en la vida monástica, por gracia de Dios pueda estar donde está el Cristo glorificado.